

Relatos jueveros 2016

Roxana B. Rodriguez



Image not found.

Capítulo 1

Más sangre, por favor

El restaurante estaba lleno. Las exhibidoras contaban con personas de todo tipo. Altos, bajos, negros, blancos, latinos, orientales, un sinfín para escoger. Y es que los clientes eran selectivos y los dueños muy cuidadosos para complacerlos en cada capricho: los caníbales eran un grupo extraño. Pero los que manejaban el local se adaptaban a todas las excentricidades, salvo a una.

En el momento en que vio como uno de los comensales abrió una herida en el brazo de las meseras porque su 'carne estaba seca', llegaron a un límite que no creyeron encontrar, pues, eran de tolerancia bastante amplia.

'Se les recuerda que las camareras no son parte del menú. La casa se reserva el derecho de admisión y permanencia en caso de no cumplir', lucía el nuevo cartel en la puerta y en algunos puntos estratégicos del restaurant.

La muchacha aún seguía enfadada por el hecho, pero no había nada que una temporada de vacaciones pagas no pudiera resolver. Después de todo, los clientes no eran los únicos que no tenían muchos escrúpulos.

Cuento hecho para cumplir la propuesta número ocho de Demiurgo:

"En un bar, restaurante o similar, hay un cartel recordando que las camareras no son alimento."

Capítulo 2

La balsa de huesos

Estaba oscuro. Una densa niebla atravesaba la corriente y unos tétricos árboles con apenas unas hojas en sus delgadas ramitas se veían en los alrededores. El agua se veía turbia pero, quizás, era sólo por la oscuridad reinante. La corriente era lenta y sin embargo, una balsa estaba en el agua y un único tripulante en ella: un esqueleto. Llevaba un sombrero con una pluma larga y de color gris topo calzando unas botas de cuero negro. Ésa era todo lo que llevaba encima. En su rostro huesudo, se podía interpretar una sonrisa, quizás y en medio de la increíble calma que reinaba en el ambiente, un silbido alegre rompía con ella y, cuando dejaba de silbar sólo se escuchaba que decía "qué hambre que tengo".

Sus cavidades oculares, a pesar de estar vacías observaban con fijeza a su alrededor, deteniéndose detalladamente en el panorama oscuro que lo rodeaba y divisando, a lo lejos, su próxima parada. Con la corriente como iba, no iba a llegar a puerto hasta el amanecer, pero no parecía tener ningún apuro en pisar tierra tampoco. Colocaba su mano en el sombrero, levantándolo un poco para facilitarle la vista hacia el frente y con un pie en el borde de la balsa, quedaba con una pierna flexionada, apoyando sus brazos huesudos sobre su pierna con una postura soberbia.

Empezó a clarear el día, sin embargo, las nubes se empeñaban en que el sol permaneciera escondido y la niebla, seguía tan densa como en la noche. Apenas se veía más allá de la nariz propia. No obstante, el esqueleto supo el momento exacto que estaba cerca de su objetivo, estirando su pie fuera de la balsa y quedando en tierra firme. No se preocupó por aquel medio de transporte que lo había llevado hasta allí pues, apenas se volteó a verla una vez bajó. La dejó allí abandonada y con paso galante y confianzudo, comenzó a caminar con las manos en su pelvis y su boca semiabierto como figurando una sonrisa. Estaba contento, tanto tiempo en el agua no era bueno ni si quiera para un esqueleto. Tenía ganas de ver más allá de lo que sus cavidades podían observar. Hacía tiempo que sólo el agua del mar y el agitar de las olas lo acompañaban, así que quería más de ello, quería mucho más todavía.

Se introdujo en un pequeño poblado, casi no había gente en la calle y los pocos que estaban ahí, quedaban estupefactos al ver al huesudo cuerpo

caminar como si fuera un ente vivo. Parecía un mal chiste.

—¡Señoritas!— dijo en voz elegante, casi rasposa al quitarse el sombrero y saludar con un ademán de caballero a las mujeres que se quedaron viéndolo, las cuales, tuvieron diferentes reacciones, ninguna buena. Eran tres, una cayó al suelo, perdiendo el conocimiento, una gritó y la última, quedó mirando al esqueleto estupefacta mientras él se reía y se colocaba el sombrero como antes —sigo teniendo el mismo encanto de siempre. Las dejó sin aliento— carraspeó complacido ante la reacción mientras continuaba su andar, sin ningún tipo de destino, más, caminaba en dirección a algo, sin importarle si la gente lo veía o se acercaba a él. Era lo de menos, después de todo, seguía tan galán como en sus mejores años y hasta se atrevía a decir que estaba mejor ahora que en sus mejores años, sí, señor.

Nadie tenía idea de qué es lo que haría el esqueleto allí, sus intenciones o si realmente parecía tan simpático como sonaba. Sólo sabían una cosa a ciencia cierta: tenía hambre y les daba miedo averiguar cuál era su alimento. +

Capítulo 3

Por culpa del paraguas

Fue todo culpa de ese paraguas. Todo fue su culpa. Si no hubiese salido lo suficientemente triste y desesperada porque la tormenta se había largado y ella tenía que alcanzar el colectivo antes de que decidiera dejar de pasar, no lo hubiese conocido. Se escapó de sus manos y entre el viento fuerte y el agua que caía a cantaros, atacó a aquel pobre hombre, acabando por romperse.

Ella no podía decir con palabras lo avergonzada que estaba. Si hubiese sostenido mejor el paraguas, estaba segura de que no se le habría escapado de las manos y no habría terminado tan empapada como estaba.

Él lo tomó y se lo entregó con una sonrisa, ofreciéndole compartir el propio hasta la parada del ómnibus, algo que ella terminó por aceptar después de rechazarlo tres veces. Se sentía lo suficientemente idiota como para que la idea de ahogarse en la tormenta no sonara tan mal.

—Puede quitar esa cara de tristeza y escuchar la melodía del agua. ¿Escuchó ese trueno? Es una prueba de que en algún rincón de la galaxia, alguien orchestra una banda ¿Lo ve? justo eso son los juegos de luces— señaló con una amable sonrisa el rayo que surcó el cielo dejándola sin palabras —y ahora, viene la batería— y se oyó un trueno más fuerte que antes —iva en crescendo!

Ella no supo qué decir, lo cierto es que escuchar tal desvarío le había hecho sonreír. —¿Es músico?—

—Casi. Director de orquesta. Aunque también enseño a niños. Tengo una orquesta con niños de primaria que hace que esto sea música para mis oídos— dijo con la misma sonrisa amable que antes, tanto que ella no

sabía si tomárselo a gracia o en serio, pero no pudo evitar la risa.

Y aunque la tormenta seguía orquestándose mientras ellos se refugiaban en la deshecha casilla esperando que llegara el 109, todo pareció serenarse, que ella misma se sintió más tranquila, como si aquella charla tan inusual fuera lo que había necesitado para desligarse un rato del mundo.

La lluvia seguía cayendo oblicua gracias al viento y con tal fuerza que dolía cuando caminabas debajo, habiéndolo comprobado al caminar hasta la puerta del colectivo y despedirse de su nuevo amigo. La había invitado a su presentación en el teatro, a que conociera a su prometedora banda.

—No importa lo que escuche, usted sonría y apele a lo maravilloso de la vida— recordó que le dijo antes de despedirse. Y no supo si hablaría de la música o de la vida. Se debatió durante todo el camino pensando en ello y sólo asumió que lo descubriría en el concierto. +

Capítulo 4

Doctor de trapo

La clínica estaba llena. Quizás, porque era uno de los pocos doctores con semejante especialidad. Pero hoy en día, la situación era difícil y había rebuscársela de alguna manera y la medicina había sido una de ellas, bueno, un poco de teoría, algo de lógica y mucho pegamento y una engrapadora, a veces, unos arreglos de diversos materiales y por supuesto, algo de magia que portaban aquellas manos gamuzadas y desteñidas por los años, pero no menos útiles, que aun sostenían con firmeza la tijera y el bisturí salvando y cambiando vidas. Mayormente, eso y una sonrisa era todo lo que necesitaba para atender a sus pacientes, quizás una lija para una mano astillada o unas vendas para unas alas quebradas.

En la sala de espera, variopintos personajes esperaban con un papel en la mano y un número escrito en él. Pinocchio y su nariz astillada, Chucky esperando a hacerse la cirugía fácil y hasta un Gremlin pues, quería dejar de transformarse con el agua ini un baño podía darse! Y la medicina debía ayudarlo, así sea una medicina mágica. Hasta se podía ver sentado a Ken en un rincón, harto del dicho 'más plano que un Ken' estaba dispuesto a hacerse el implante correspondiente.

La puerta del consultorio se abrió y salió un hada con las alas vendadas, quedando para una próxima visita. Entonces, pasó su próximo paciente al cantar el número. Se sentó en la camilla mientras el doctor veía su expediente, agachándose a recoger la lapicera que se le había caído, entonces, sintió cientos de repiques en suelo.

—¡Qué falta de profesionalismo! Un médico que se desarma— dijo recogiendo los botones pequeñitos que caían de su pecho abierto, con un corazón de trapo abierto, un roto corazón abierto —son sólo pequeños glóbulos de alegría que me mantienen con vida. Nada de qué preocuparse— dijo mientras su paciente lo ayudaba a arreglarse. Después de todo, estaba hecho de trapo, era normal tener desperfectos.

Buscó la grapadora y así nomás, soltó un par de ganchos encima de su pecho y volvió a la normalidad, cubriéndose con su bata blanca abrochada y una sonrisa complaciente, mostrando aquella felicidad que se le había escapado, pero que regresaba a ratos cuando hacia su trabajo. Porque hay dolores que ni si quiera, los mejores doctores pueden curar. Ni la medicina, ni la magia, sólo cierta esperanza que espera la grapa correcta para que la herida deje de estar abierta. +

Capítulo 5

Cada cosa en su lugar

Abrió el freezer buscando helado y encontró dentro un repasador y una caja de fósforos. Los sacó mirándolos con desconcierto olvidándose del helado, yendo hacia la biblioteca esperando encontrar a su madre o sentarse a navegar un rato en internet. Pero apenas abrió la puerta vio al perro durmiendo donde debería estar el monitor. Temiendo saber la respuesta, volvió a salir ahora sí con la idea de encontrar a su madre.

Pero no ocurrió dándose con algo que en casa de un brujo era mucho peor: un brujo enfermo, o peor, su abuela enferma. Estornudó y la cama desapareció cayendo ella al suelo y vaya a saber Dios donde habría aparecido. Tenía miedo de mirar el techo o la bañera, que en esos casos, todo era absolutamente posible. Por eso los brujos no se enfermaban y se cuidaban tanto de las plagas: porque una vez que están mal, no son capaces de controlar su magia, más los brujos naturales como los que predominaban en su familia.

Tomó a la abuela en brazos mientras ella le explicaba que su hija había salido a buscar hojas de melisa que era lo único que le faltaba para empezar a hacer el remedio que la curaría y salvaría su casa y a ellos.

—No vuelvas a estornudar— le pidió llevándola a su habitación y aunque hizo su mejor esfuerzo, no lo logró. A mitad del pasillo una pantera vino a invocar! El animal asustado, apenas verlo se lanzó contra ellos, no pudiendo más que correr escaleras abajo y encerrarse en la cocina. Dejó a la abuela en una de las sillas mientras pensaba en el hechizo que mandara a la pantera de nuevo hacia la selva.

Se escuchaban los rugidos y las cosas cayendo del otro lado. Peor fue cuando sintió el auto aparcar fuera su madre había llegado! Más, al momento en que quiso salir del auto, un ruido sordo y pesado se escuchó desde la terraza y al mirar por la ventana, ya no vio el auto su madre santa! Pensó para sí y tras un rápido hechizo, la pantera desapareció, abriendo la

puerta y encontrando el destrozo que había hecho.

Su madre entró por el jardín, había llegado hasta la terraza, así que ya bajarían el auto cuando supieran que todo estaba mientras, corrió dentro a hacer el remedio que mientras más tiempo pasaba, peor se ponía peor y en el mejor de los escenarios, podría terminar la casa y ellos en medio del Sahara o una tundra helada. Así que mientras su madre cocinaba, él se encargaba de distraerle y cuidar que no estornudara hasta que el té estuviera y al fin, todo se calmara. +

Capítulo 6

Atrapada

Tendría la casa para ella sola. No habría nadie hasta el día siguiente, así que pensó en aprovechar aquel descanso de gritos, charlas incesantes y música a todo volumen y tomarse unas mini vacaciones ese día.

Para comenzar, tomaría un baño y luego, había quedado con un amigo a tomar un café. Apenas acabó la ducha, se envolvió en una toalla revisando la ropa colgada en la puerta, para secarse y comenzar a vestirse. Estaba lista, así que puso su mano sobre el picaporte... y hasta ahí llegó. Maldijo a todos los dioses, demonios y deidades que aún no nacían ise había roto el maldito picaporte! Y no de una forma que fuera fácil intentar si quiera abrirlo ino! Se cortó al ras. Ya había reclamado muchísimas veces que esa lata no servía para la puerta, pero entre el ya veremos, más adelante y todas esas excusas que siempre ponían, había quedado en nada hasta que simplemente, le pasó lo peor iy en qué momento! Ni el celular tenía a mano. Y se insultó en todos los idiomas que conocía por ello iestaba sola! Gritar era estúpido, nadie iba a llegar por ella, así que tenía que buscar la forma de salir de allí.

Revisó el botiquín y todo lo que había en el baño: era absolutamente inútil todo, no tenía nada qué usar de ganzúa ni que la ayudara a mover el ínfimo pedazo que había quedado en la perilla inada! Ni para pasar por la puerta. Y pensó que ya que estaba roto el picaporte, que estuviera rota la puerta no iba a importar ino se iba a quedar dentro! Así que tomó la botella de shampoo que estaba en el estante de arriba sin usar y pensando que al menos, podría hacer algo con la puerta, empezó a golpearla con todas sus fuerzas. El sonido retumbaba en el cuarto de baño, más, los dioses se estaban divirtiendo al verla iy no les pareció suficiente eso! tenían que darle un toque extra a la escena iy se lo dieron! La base de la botella se abrió manchándola con shampoo por completo. Así, su pantalón verde se había visto teñido por el líquido y el piso y sus manos estaban en iguales condiciones.

Atinó a patear la puerta sintiendo como el resto del picaporte que estaba del otro lado de la habitación caía y hacía ruido en el suelo hasta quedar inerte. Y se dejó caer frustrada sobre la taza del inodoro. No tenía nada

más qué hacer que esperar. No tenía ni ideas ni materiales para salir de ahí. Ni el ventiluz le servía que daba a un patio cerrado. Todo era inútil, así que acomodó una toalla seca en la bañera y se acostó en ella. Había dos libros ahí, así que al menos, material de lectura tendría, hasta que alguien llegara al otro día y le abriera la puerta, estaba atrapada: justo así pasaría su día libre, encerrada en el baño de su casa. +

Capítulo 7

Perdidos

—Me han dicho que usted es capaz de ayudar a las personas— fue lo primero que le dijo al aparecerse frente a él. Un aura fría, helada había llenado la habitación, tanto así que tuvo que apagar el aire acondicionado con su llegada.

En sus años de escritor, había pasado por muchas cosas, aquellos momentos en que las ideas fluyen, un oído al pasar genera una interesante historia, incluso, un sueño absurdo. Pero nunca se había imaginado que un personaje pudiera aparecerse así como así.

Claro, podría ser el exceso del café combinado con el ibuprofeno que había tomado o quizás, la semana que llevaba sin dormir, cabeceando de vez en cuando sobre el escritorio, la cama o el sillón, hasta donde el cuerpo llegaba para terminar su trabajo a tiempo. No podía ser posible que eso fuera real: los cuentos no se vuelven realidad. Más, al momento en que ella se acercó a él suplicándole al tomarlos de las manos, pudo asegurar que la helazón que había sentido de aquellas pálidas manos que lo tomaban le aseguraban que estaban en el mundo real.

—Dame un minuto— le pidió soltándola y yendo hasta la pared para darse un golpe contra ella. Sacudió la cabeza aturdido por el golpe o por la mujer, no estaba seguro de nada ya. Lo que sí sabía es que eso estaba pasando en ese preciso momento.

—No sé a qué historia pertenezco— le explicó ella. Intentando recordar los puntos clave de su historia, las montañas nevadas, un esposo cariñoso perdido en la nieve y ella muerta bajo un manto blanco en medio de la montaña. No había ninguna historia así que él recordase. Pero nada le costaba averiguar y sabiendo qué es lo que pasaba, quería saber si es que ella realmente moría en la historia original.

Vació su biblioteca, la cual, no era pequeña, dispersando libros por todos lados. Ella lo ayudó sin si quiera notar algún paisaje que le sonara familiar. En Internet tampoco hallaron nada.

A la mañana, salieron a la biblioteca municipal. Si existía, debía estar ahí, al menos, alguien tener registros de ello. Lo curioso fue que incluso, al estar en espacios abiertos, el frío acompañaba a la mujer y al estar cerca de él no sentía el agobiante calor de la calle. La biblioteca volvió a helarse al entrar juntos y fue otro día perdido. No habían hallado absolutamente nada de nada.

—¿Al menos sabes quién te escribió?—

Era la última esperanza, un nombre, un apodo ilo que fuera! Pero nada. La desilusión llegó a él cuando la mujer negó con la cabeza. Iba a seguir perdida.

Frustrados, volvieron a casa, sin saber qué más hacer. Habría un café literario el sábado, llevarla a que conociera a los autores allí presentes podría darle un indicio, pero, tuvo una mejor idea.

Se levantó de un brinco de la silla y corrió hacia la habitación donde estaban sus cuadernos. Asustada y sorprendida, lo siguió, curiosa de saber qué es lo que haría. Se asomó por el umbral de la puerta y lo miró desde allí.

—¿Qué haces?— preguntó inquieta.

—Si no sabemos de dónde vienes, te inventaré un lugar al que puedas ir— sonrió abriendo el cuaderno y comenzando a escribir rápidamente, con

tanta vehemencia que posiblemente, sólo él se entendiera.

Lo miró durante todo el proceso hasta que escribió la última palabra.

El cuerpo de la mujer helada se deshizo en finos cristales fríos que se fundieron en las páginas del cuaderno. La escarcha cubrió el cuaderno entero haciendo que se le helaran las manos a su creador, más, una última palabra se vio escrita al final de la página: continuará.

Sonrió y cerró las tapas. La historia aún no estaba acabada, pero por hoy, la daba por terminada. +

Capítulo 8

A riesgo de parecer loco

Siempre había dicho que quería conocer el mundo, fluir como el agua en un río y ser mucho más de lo que era ahora. No por nivel económico, ni social, quería conocer, aprender, vivir mucho más de lo que la vida cotidiana y el trabajo o la familia le permitían. Soñaba con volar, con andar en el espacio, con esas ganas de soñar que permite ir a mil mundos, sumergida entre libros, historias y sus ganas de irse lejos y vivir algo increíble se lo permitieran.

En la tarde llovía y ella había dejado de leer para quedarse viendo la lluvia a través de la ventana. A veces dudo de mí mismo al pensar que ella estaba al lado de la ventana. La abrió y se sentó en el alfeizar de la ventana porque quería sentir la lluvia más de cerca. Pero pasó algo increíble, probablemente, si no lo hubiese estado viendo, juraría que es una locura, un imposible, una fantasía: el agua se la llevó. Pero no la arrastró, ni la tiró al suelo, ni hizo nada de lo que ustedes pueden estar imaginando en este momento. Mientras el agua la mojaba, su cuerpo se iba deshaciendo en pequeñas gotas, hasta que se fundió con lluvia y no supe más de ella. Fue libre, con el agua de lluvia. ¡Es una locura, lo sé! Pero sucedió factiblemente. Desde entonces sé que no hay imposibles, sólo improbables. Aun así, no me explico cómo fue que todo sucedió, sé que hay personas que es imposible que establezcan raíces en ningún lado o quizás, vaya más allá de establecer raíces, de algo que no comprendo ni comprenderé nunca.

Creo que en algunas ocasiones, ha vuelto a verme y me ha contado historias con la lluvia, casi con disimulo. A riesgo de parecer loco, a veces, las gotas de agua de lluvia se cuelan por la ventana, me sonríen y evocan con una magia inexplicable, su figura en el alfeizar de la ventana, hasta que se desagota por el mismo alfeizar, yendo quién sabe a dónde, esperando la próxima lluvia para tener noticias tuyas.

+

Capítulo 9

BES

—No importa como lo mires, el juego es demasiado ridículo ¿cómo sobrevivir en un mundo post apocalíptico con un actor viejo y amargado, un periodista y un salvavidas?— Le recriminó su jefe frotando su frente mientras seguía viendo los escenarios del juego, quedando la pantalla en una piscina al atardecer.

—No se olvide del luchador de sumo— —Debe ser el único que puede servir para pelear— —Para pelear sí, pero todos tienen sus habilidades. Es un juego en primera persona, cada uno de los personajes que vayas desbloqueando, serán los que te ayudaran. El actor amargado es capaz de deprimir y aburrir por igual a sus oponentes ¿lo ve? Mientras contagia su depresión por la falta de trabajo, porque ya no es joven y apuesto, usted puede superar el nivel— le iba explicando con total calma.

—Pero al menos, podría tener un villano más... difícil de vencer. Humanos post apocalípticos contra un humano ¿dónde está la emoción? ¿Y qué con el escenario si no hay zombies?—

—¿No le parece que no hay peor monstruo que un humano? Sin zombies, para salir de la rutina—

Y no, no lograba convencerlo, así que le explicó el súper poder del periodista: su capacidad para exagerar y reinventar la realidad a su gusto, creando ilusiones, mundos paralelos que nuevamente, despistarían a la muchachada para que pudiera seguir con su cometido.

—A todo esto ¿cuál es el objetivo del juego?—

—Sobrevivir, como la vida misma— le explicó y tecleando unos comandos, pasó a una pantalla nueva —en cada nivel hay misiones o minijuegos que debe ir superando, encontrando objetos, cumpliendo alguna carrera a

contratiempo...

El hombre suspiró profundo, como quien está pasando un terrible momento y no ve la hora de terminarlo.

—¿Y qué es lo que hace el salvavidas?— Se arriesgó a preguntar. Y sí, era todo un riesgo prepararse para la respuesta que vendría ahora.

—Se encarga de darte los segundos auxilios—

—Primeros— lo corrigió mirándolo de mala manera.

—No, segundos. Hasta que él llegue, se supone que ya debe haber recibido algo de ayuda. El salvavidas recarga la energía, la mitad, la otra mitad deberá usar estas pociones— y le fue mostrando el objeto que aparecía como recompensa de algún nivel.

—No podemos sacarlo al mercado, le falta realismo—

—Y yo creo que le sobra— dijo el programador con una sonrisa risueña instándolo a jugar un nivel más, para que comprobase lo bueno que era burlarse de la realidad.

Él se negó, sentía que había tenido mucho de eso por un solo día.

—Por último y para cerrar todo ¿Bes? Está mal escrito—

—No, está perfecto. Bes es el dios del entretenimiento y protector de lo bueno, el nombre perfecto para el juego y el protagonista— finalizó convencido. La exposición terminó y aun con mala fe, el juego salió al mercado. No tuvo gran éxito, por la falta de realismo... o la sobra del mismo. +

Capítulo 10

Bola de nieve

Alguien vive del otro lado del espejo. Desde que ha comenzado el adviento, me deja una bola de nieve diferente en la chimenea. Me deshice del espejo y volvió. Me deshice de las bolas de nieve y volvió a dejarlas. No he llegado a verle la cara, sólo veo su espalda cuando sale de la habitación que es totalmente idéntica a ésta pero a la vez, diferente. Quiero vender la casa. Pero fin de año es una época difícil, están pensando en la familia, en los regalos, en los viajes, en las vacaciones, nadie piensa en mudarse, salvo yo. Me frustra y lo veo nuevamente salir de la habitación. Miro en el rincón de la izquierda, al lado de la ventana, hay un árbol adornado. Me doy vuelta y veo el árbol adornado en frente mío. Me tiene cansado, me molesta, invade mi casa y hace lo que quiere. Tomo el espejo, lo coloco en medio de la calle y lo cubro con film para que no explote, subo al auto y le paso por encima tantas veces que de él no queda nada. Quito el film y meto los fragmentos en una bolsa y dejo el soporte del espejo al lado del cesto de la basura. Que se lo lleven lejos. Voy a la cocina, me hago un café y voy a la sala a leer. El espejo está frente de mí. Es la primera vez que veo quién está del otro lado: soy yo. Es mi reflejo pero no lo es. Yo estoy sentado mientras él me saluda de pie feliz.

Nunca he tenido miedo. Nunca he tenido miedo pero la idea de salir corriendo no suena tan mal. Pero no, me armo de coraje: el único que puede vencerme soy yo mismo. Voy al cuarto del fondo y busco la maza, destrozo el espejo, el árbol, las bolas de nieve, todo adorno navideño hasta quedar cansado, agitado, liberado de tanta rabia. Pero los trozos tintineantes, como si entonararan un villancico al armarse, se juntan en el armazón y me reflejan con una sonrisa brillante. Lo comprendo y sólo existe una solución para que todo acabe: yo debo desaparecer y él lo hará. Todo desaparecerá.

Busco el arma, la cargo y le sonrío a mi reflejo contrariado. Si pudiera escucharlo, estaría gritándome que no lo haga, que me detenga. Pero jalo el gatillo viendo su cara de espanto.

El cuerpo cae al suelo, quien está del otro lado del espejo cruza el umbral del mundo real y el mundo reflejado, toma el cuerpo inerte y ensangrentado y lo bota a través del espejo. Busca un trapo, quita del piso los rastros de sangre y comienza a armar el árbol de nuevo y a adornar la casa, colocando las bolas de nieve en la entrada mientras entona: Feliz Navidad.

+